

CARTA A CARMEN BUSMAYOR
Sobre el presente y el futuro de Fabero¹

1996

«En Fabero y en los pueblos próximos deberían de tomarse en serio la crisis del carbón y pensar en otras formas de trabajo sin esperar a que sea demasiado tarde. Hay cosas que ya podemos ir haciendo. Podrían pensar en explotaciones de árboles: en poblar de pinos las tierras que antes daban poco y mal centeno, y en plantar castaños en las tierras un poco mejores. (...). Esto, al comienzo y como fórmula puente entre el trabajo en la industria minera y un nuevo sistema de subsistencia, que evite la emigración. Porque va a producirse un nuevo reflujó de las ciudades y las zonas industriales al campo, de donde salieron los trabajadores que están ya siendo desplazados de las industrias; ya no se puede seguir manteniendo la ficción de que los puestos de trabajo destruidos por las “nuevas tecnologías”, al implicar un verdadero aumento de la producción, conllevan la creación de más puestos en otras ramas de la producción o de los servicios.»

Eloy Terrón Abad

Madrid, 22 de noviembre de 1996

Querida Carmen:²

Tenía que haberte escrito antes, porque un amigo me proporcionó el *Diario de León* en el que se publicó tu recensión de mi libro.³ La participación en unas jornadas de Izquierda Unida sobre “Cultura y Comunicación” y el haber formado parte del Tribunal Internacional reunido en Madrid para juzgar el embargo a Irak me han ocupado de tal manera que no pude hacerlo. Quería escribirte para darte las gracias porque tu recensión de mi libro es muy clara, muy fiel y eficaz; y, sin duda, contribuirá mucho a su difusión.

Fabero, un fragmento paradigmático de la vida humana en toda su complejidad

Desde que se presentó el libro en Fabero a primeros de agosto pasado, pienso más sobre la vida de los campesinos de Fabero, y continuamente voy encontrando aspectos interesantes. Es lógico; no podía dejar de ser así. Fabero es un fragmento paradigmático de la vida humana en toda su complejidad; y yo debo hacerlo ver con mi estudio del pueblo. Seguiré escribiendo sobre él.

Hace unos días terminé un escrito sobre la formación de la conciencia del muchacho campesino. Tengo otro sobre las satisfacciones que proporcionaba la vida campesina, a pesar de su dureza y penosidad. Y estoy redactando de nuevo un breve estudio sobre la casa típica de Fabero, como un perfeccionamiento de la

¹ Mecanoescrito. Transcripción, revisión, subtítulo y glosas de Rafael Jerez Mir.

² Escritora y poetisa leonesa, natural de Busmayor (en el Bierzo), fue profesora de lengua y literatura durante varios años en Fabero, donde trabó una estrecha amistad con Eloy Terrón.

³ *Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura popular en Fabero del Bierzo* (Madrid, Endymion, 1996).

“casa larga” centroeuropea, la casa en herradura de Babia y la palloza de la Alta Montaña.

Cuanto más pienso en el pueblo, más atraído me siento por su forma de vida. Aunque lo que hoy me preocupa de verdad es la supervivencia de la población que ha arraigado allí -y en Otero, Lillo, Bárcena, Fontoria y otros pueblos próximos- y que parece condenada a la dispersión. Pero ¿a dónde van a ir? ¿Dónde puede emigrar ahora la gente con dignidad? La integración en Europa tiene un precio: el desmantelamiento de nuestras atrasadas empresas industriales y el abandono de parte de nuestra agricultura.

Aceleración técnica de la producción, caída de la tasa de beneficios y aumento del ejército laboral de reserva, con la concentración y centralización del capital

Mis sospechas y presunciones son alarmantes. El capitalismo -que ahora se llama “multinacional”- tiende a centrarse en la producción de mercancías y servicios susceptibles de asumir rápidos cambios técnicos. Esto es, las empresas capitalistas tratan de especializarse en las mercancías y servicios que pueden someterse a rápidas innovaciones en orden a la aparición de nuevos prototipos, que vuelven obsoletos a los de la generación inmediatamente anterior. Es lo que está ocurriendo con los automóviles, ordenadores, teléfonos, cadenas y medios audiovisuales, máquinas fotográficas y toda una variada gama de *gadgets* o artilugios que presentan dos fases privilegiadas de ventas: la de la aceleración técnica de la producción (o sea, el empleo de nuevos procedimientos y nuevas máquinas de producción); y la del diseño de prototipos más eficaces y más elegantes, que desplacen a los modelos anteriores, volviéndolos obsoletos y fuera de moda,

Los capitalistas “multinacionales” prefieren las ramas de la industria de elevada complejidad técnica, que incorporan a los productos altos porcentajes de valor añadido; y esos productos se dirigen a la clase media que puede destinar una parte de sus ingresos a adquirir las mercancías y servicios que confieren prestigio y evidencian una alta posición social o *standing*: coches, viajes, cadenas de alta fidelidad, audiovisuales, teléfonos móviles, el color tostado de la piel tras pasar muchas horas en las playas, etcétera.

En un almuerzo reciente en la universidad de Georgetown con un centenar de empresarios, el presidente Clinton ha ilustrado bien el encandilamiento, la fascinación y el soborno de esa “clase social” de los *yuppies*, por el capitalismo multinacional.⁴ Éste les paga unos sueldos elevados, y cada día más: si en los años sesenta eran 30 veces mayores que los de los trabajadores, cuando él llegó a la presidencia lo eran 120 veces más; y esa desproporción continúa aumentando en los últimos años mientras los trabajadores pierden prestaciones sociales y poder adquisitivo.

«Algunos ejecutivos -afirma- están ganando demasiado dinero (200 veces más que la media de los trabajadores) y la opinión pública empieza a estar un poco harta de que ciertas empresas despidan empleados por millares mientras sus dueños consiguen elevados beneficios. (...). La peor fama entre los malos empresarios le corresponde a Albert Dunlap, que ganó 100 millones de dólares por sanear Scott

⁴ Véase *El País*, de 17 de mayo de 1996.

Paper y recortó la plantilla de esa compañía en un 35% (11.000 despedidos), como parte de tal saneamiento.»⁵

La tendencia de los empresarios es clara. Por un lado, se trata de reducir al mínimo el número de los trabajadores que son mera mano de obra -pura fuerza de trabajo- en aras del beneficio, dejando tan sólo el indispensable para que la producción se mantenga; pues, aparte de ser siempre hostiles a la empresa y consumir sólo artículos de jornaleros, son tantos y tan vulgares que, por mucho que se les quisiera aumentar los salarios, se limitarían a comer, vestir, pagar la casa y criar hijos. Pero, por otra parte, hacen falta personas con altos ingresos que consuman las mercancías de las empresas y que, llegado el caso, estén firmemente al lado de la suya; de modo que hay que comprar con una parte de las ganancias las conciencias de otros empleados, bien dispuestos a ser sobornados y fieles colaboradores, mientras se les pague, e implicarles en la supervivencia y el crecimiento de la empresa, recompensándoles con objetos de alto *standing*, como premio a su fidelidad.

¿Quién, si no, va a defender a las empresas dondequiera que las condiciones salariales y la inexistencia de cargas sociales aconsejen que se instalen, en virtud de la lógica del venturoso proceso de globalización? Las instalaciones productivas de una empresa pueden funcionar hoy sin notables perturbaciones en un país del “primer mundo”, y mañana, convenir trasladarlas a un país del tercer mundo; aunque, si en el primero las cosas continúan deslizándose hacia abajo, pronto, no habrá grandes diferencias entre grandes regiones del primer mundo y los países del tercer mundo, en lo que respecta a los trabajadores que son pura mano de obra.

“*Si Manuel no baja y lo remedia*”, la estructura económica de países como España, Grecia, Italia y de grandes regiones de otros países europeos vendrá pronto configurada por media docena de grandes “corporaciones”, que impondrán su hegemonía sobre el planeta, unas docenas de empresas auxiliares, que producirán bajo contrato para las “megacorporaciones”, y muchos chiringuitos comerciales, con los que dar la apariencia de libertad empresarial y de libre mercado. De modo que, para entonces, aunque esos chiringuitos mantengan vivo el espíritu del capitalismo, en realidad éste habrá dejado de existir.

Es más: hoy mismo, no puede decirse que se dé ya la situación óptima para el capitalismo y la lógica de la competencia que lo distingue, puesto que determinadas mega-empresas controlan entre el 60 y el 75% o más de la producción en virtud de las condiciones creadas en los mercados por las grandes corporaciones. Aunque el seguir hablando de capitalismo alimenta aún la ilusión de millones de personas que aspiran a hacerse capitalistas comprando una frutería o una pequeña tienda de electrodomésticos.

Déficit comercial creciente, “saneamiento empresarial”, crisis del Estado de Bienestar y legitimación ideológica neoliberal, en los viejos países industriales

El futuro que la “globalización” de la economía deja entrever es, pues, muy triste y muy oscuro. Para confirmarlo, basta con prestar atención a la zarabanda de fusiones, concentraciones, absorciones, etc., de grandes corporaciones que llenan

⁵ *Lug. Cit.*

las páginas de las publicaciones periódicas; o a las frecuentes noticias relacionadas con la fusión de verdaderos gigantes de las comunicaciones, particularmente tenebrosas: ¿qué objetivos se proponen?; ¿pretenden un dominio aún más completo de nuestras conciencias?

El número de los trabajadores ocupados con el horario normal en las grandes empresas productivas se está estancando en todos los países industriales al recaer sobre ellos todas las reestructuraciones y reconversiones, a impulsos de la disminución de la tasa de beneficios. Esos trabajadores son las víctimas anunciadas de todo saneamiento empresarial, de todo avance tecnológico, de toda “deslocalización” empresarial en busca de mano de obra barata y de lugares en los que no existan cargas sociales; y están perdiendo poder adquisitivo y quedándose en paro, a millares y millares, por una u otra de esas causas, o por la convergencia de varias de ellas.

La serie de males que se abaten sobre los trabajadores parece un sueño, una pesadilla, terrible. Hasta el extremo de que, en los países industriales, las organizaciones de asistencia social y otras ventajas conquistadas con grandes luchas y sacrificios por los trabajadores integrados en sus sindicatos, se vuelven ahora -mejor dicho, vienen volviéndose desde hace 15 o 20 años- contra esos mismos trabajadores, porque la producción de sus empresas es cara y poco competitiva. No otra fue la causa -como lo es hoy también- de los déficits comerciales crecientes de Inglaterra, Estados Unidos y otros países industrializados.

Miles y miles de trabajadores, con largos años de trabajo, han visto desaparecer su puesto de trabajo y hasta sus empresas; y han podido comprobar que no es verdad que, por cada puesto de trabajo tradicional perdido, se creen varios nuevos. Como también es radicalmente falso que los viejos trabajadores no puedan adaptarse a los puestos de trabajo vinculados a las nuevas tecnologías; pues el problema más grave con el que se encuentran los jóvenes (que -al menos, en apariencia- se han formado en las nuevas tecnologías) es que tampoco ellos tienen trabajo (y muchos, ni siquiera la esperanza de conseguirlo).

Las empresas industriales crean y crearán pocos puestos de trabajo. En el sector servicios (comercio, bancos, seguros y medios de comunicación) habrá más. Ahora bien, como en el sector terciario, con la excepción del transporte, no se crea plusvalor (riqueza), la actividad del mismo se verá limitada por el que se genere en el sector industrial. De hecho, el enorme crecimiento del subsector comercial y de las comunicaciones ha sido el factor que más ha contribuido al descenso de la tasa de beneficios, al competir los capitales empleados en sus empresas buscando una ganancia similar a la de las empresas de la industria productiva.

En cuanto al sector primario, es cierto que ha adoptado formas industriales, en especial, en el campo de la producción de materias primas, energía y demás. Pero es, sobre todo, la producción de alimentos la que presenta mayores problemas. Hay explotaciones agrarias y pesqueras muy extensas y mecanizadas que no tienen que envidiar en nada a las de algunas ramas de la industria. Pero también persisten todavía explotaciones minúsculas y atrasadas, que difícilmente producen los alimentos necesarios para los individuos de la familia que las trabajan (esto es, “agricultura de subsistencia”), por diversos tipos de razones: como la

precariedad de los aperos e instrumentos, falta de abonos y de riego y exigencia de un mínimo de tierra adecuada para el cultivo de las plantas, en especial: o el fraccionamiento del suelo hasta lo imposible (como resultado de las luchas por el mismo) hasta hacer inviable el cultivo mecanizado, y la imposibilidad de constituir explotaciones más extensas, al estar sometida la tierra a formas de propiedad muy vidriosas.

En nuestro país, el cultivo de la tierra estuvo en manos de campesinos pobres hasta la década de los años sesenta, en un porcentaje muy elevado. Tenía algo de mandato divino, porque la tierra era el único medio de producción al alcance de los millones de campesinos pobres. De hecho, muchos pequeños campesinos se hicieron matar por sus miserables parcelas (como se vio en nuestra guerra civil), aunque, llegado el momento, las abandonaron para emigrar a las zonas industriales o de servicios (turísticas).

Desde entonces, esas pequeñas explotaciones agrícolas (y ganaderas) han tenido diferentes destinos. La mayoría, al asentarse sobre tierras montañosas pobres, fueron sin más abandonadas, y seguramente habrán caído en el dominio público. Otras continúan cultivándose, aunque dedicándolas a otras labores (en las comarcas montañosas, por ejemplo, se convirtieron en prados y pastizales o se dedicaron al cultivo de forrajes, al servicio de la ganadería). Y el resto se concentró, allí donde las condiciones lo permitían.

No obstante, en muchas zonas agrícolas también se implantaron explotaciones industriales o semi-industriales, bien en su totalidad (producción, conservación y comercialización), bien a partir del ciclo de conservación de la producción o del comercial. Junto a ellas persisten explotaciones medias, cuya absorción no interesa a las multinacionales, pero el resto seguirán la suerte de las que ya han caído en las fauces de las mega-empresas o corporaciones.

Cabe la posibilidad de que los trabajadores de las explotaciones agrícolas tengan algo mejor suerte que los de la industria productiva y de los servicios. Pero, aún en el mejor de los casos, su destino tampoco es nada envidiable.

Los empresarios de las multinacionales -una extraña mezcla de Ford y de comisario de la economía estatal planificada de la era estaliniana- son fríamente implacables y se devoran los unos a los otros como serpientes hambrientas. Pero, si ellos no son solidarios entre sí -con sus iguales, entre los socios del mismo club-, ¿cómo van a tener compasión de las miserables hormigas que fabrican mercancías en sus empresas con sus músculos y su sangre? De hecho, miles y miles de hombres y de mujeres caen hoy víctimas del “saneamiento” de las empresas en que trabajan para hundirse en la sentina de la indignidad y de la miseria, especialmente en el caso de los trabajadores que llevan muchos años en la empresa “saneada”. Muchos miles más van a conocer la marginación y las humillaciones gracias a las maravillas de los avances “tecnológicos”, y acabarán por convencerse de la inutilidad de seguir buscando trabajo en las ciudades.

Mientras esto ocurre, los ideólogos del “capitalismo multinacional” continúan buscando argumentos para demostrar que las empresas y sus gestores no tienen ninguna responsabilidad en las consecuencias del “saneamiento” de la producción o

en la “deslocalización de las grandes fábricas”; ellos se limitan a cumplir con su deber y a promover los intereses de los accionistas.

La ideología (o filosofía) dominante en Estados Unidos en relación con la “responsabilidad social de las empresas” es sorprendente. Su versión más firme y aceptada es la del economista y premio Nobel, Milton Friedman.

«Hoy, 1962, como en tiempos de Adam Smith -afirma-, la obligación determinante de los administradores de una empresa es la búsqueda del interés propio o de los máximos beneficios; éste es el modo más lógico y eficaz de dirigir un negocio. (...). Pocas orientaciones pueden minar tan a fondo los mismos cimientos de nuestra sociedad libre como la aceptación por parte de los miembros de la empresa de una responsabilidad social que no sea el ganar el máximo dinero posible para sus accionistas.»⁶

Ahora bien, Estados Unidos, la gran nación de América del Norte, el *paraíso* del capitalismo, donde se han generado las mayores y más poderosas empresas de la Tierra (esas empresas que ahora llamamos *multinacionales*), ha sido, y es, el modelo para todos los capitalisms del planeta. Pero no sólo nuestros empresarios -y los europeos- imitan y copian a los norteamericanos. Las multinacionales norteamericanas están ya firmemente asentadas en nuestro país (IBM, General Motors, Ford y muchísimas otras, comerciales, bancarias, de comunicaciones, etc.); y, aun cuando el grado de penetración de los grandes gigantes empresariales norteamericanos en nuestra economía no se conoce bien, su influencia es enorme y el poder más peligroso, en este momento, el de las instituciones financieras.

En el mundo actual -y, en nuestro país, en particular- la influencia norteamericana es cada día más incontenible. Valga un ejemplo. En una publicación semanal de temas económicos abundan noticias muy llamativas, del siguiente tenor: “*La producción de caucho en España, en manos norteamericanas*”; “*La producción galletera dominada en un 27% por Nabisco*”; “*Los copos de cereales para el desayuno: Kellogg controla el 67% del mercado*”; etcétera. Pero esto es tan sólo una pequeñísima muestra al respecto. Y todo hace temer que, en España, la penetración de las multinacionales continuará en el futuro inmediato sin que pueda contenerse, dada la debilidad y el aislamiento de las empresas españolas, cuyos propietarios se estremecen de placer ante la cifras millonarias en dólares que las corporaciones estadounidenses vienen ofreciendo.

La construcción de una nueva economía de subsistencia, alternativa a la emigración y vía de escape de la autodestrucción capitalista del hombre, en Fabero y otros pueblos

Muchos comentaristas y “formadores de opinión” en la televisión y la radio, y columnistas de la prensa, participan de esas mismas vivencias cuando nos comunican que, en nuestro país se generarán millones de oportunidades para trabajar y hacerse ricos, como en los Estados Unidos de América. ¿Cómo?: pues, poniendo una frutería, una tiendecita de electrodomésticos o un puesto de pipas, como uno de ellos ha mantenido hace poco.⁷

⁶ Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago, University of Chicago Press, 1962.

⁷ Thomas Carvel, en L. S. Silk, *El capitalismo americano*, Barcelona, Euros, 1975, pp. 113-117.

Esto es indecente e inmoral, porque es jugar con las esperanzas de la gente. Los hombres corrientes, que no han podido dedicar el tiempo y el esfuerzo necesario a estas cuestiones, se sorprenderían al saber y entender que el éxito del capitalismo en un país, con empresas que controlan el 25, el 30 o el 67% (como Kellog) del mercado, impide la aparición y el crecimiento de nuevas empresas similares, por muy geniales, enérgicos y agresivos que sean los pretendientes a la condición de capitalistas. A la sombra del frondoso árbol capitalista no sólo no crecen otros arbolitos, sino que ni siquiera lo hacen las malas hierbas: quien no sepa esto no está facultado para hablar de cosas públicas, ni de política, ni de nada. En los países capitalistas avanzados no hay ninguna oportunidad para los aspirantes a capitalistas. “¡Dejad toda esperanza los que aquí entráis!” (Dante).

¿Qué futuro nos espera? ¿Qué futuro les espera a nuestro trabajadores desplazados por las nuevas “tecnologías” de las multinacionales o de nuestros “compatriotas” europeos?

Nuestros parados de 45 años para arriba acabarán por perder toda esperanza de encontrar un trabajo o de establecerse en el que conocieron en su juventud; y deambularán como sombras, de las oficinas de empleo a las E. T. T. (Empresas de Trabajo Temporal), hasta que, cansados, renuncien a encontrar soluciones en el mundo capitalista para volver la mirada a su pasado, a la casa del pueblo o de la aldea y a sus parcelas abandonadas y pobladas de maleza. Ésta no es una alternativa al trabajo en empresas productivas o de servicios, no; pero es un escape de la autodestrucción de la persona, desplazada por la “tecnología”.⁸

En Fabero y en los pueblos próximos deberían de tomarse en serio la crisis del carbón y pensar en otras formas de trabajo sin esperar a que sea demasiado tarde. Hay cosas que ya podemos ir haciendo. Podrían pensar en explotaciones de árboles: en poblar de pinos las tierras que antes daban poco y mal centeno, y en plantar castaños en las tierras un poco mejores. En Fabero las castañas se daban muy bien y con poco esfuerzo; los castaños no exigen grandes inversiones ni grandes trabajos; y las castañas se venden bien en el centro y norte de Europa. Esto, al comienzo y como fórmula puente entre el trabajo en la industria minera y un nuevo sistema de subsistencia, que evite la emigración. Porque va a producirse un nuevo reflujo de las ciudades y las zonas industriales al campo, de donde salieron los trabajadores que están ya siendo desplazados de las industrias; y ya no se puede seguir manteniendo la ficción de que los puestos de trabajo destruidos por las “nuevas tecnologías”, al implicar un verdadero aumento de la producción, conllevan la creación de más puestos en otras ramas de la producción o de los servicios.

Carmen, ni siquiera puedo pedirte perdón por escribir esta serie de tonterías. Pero estoy preocupado por lo que está ocurriendo en Fabero.⁹ Tengo que escribir

⁸ Un economista norteamericano, Jeremy Rifkin, ha propuesto “reducir y crear un tercer sector que emplee a los que pierdan el trabajo”, en su libro *El fin del trabajo (The End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Putnan Publicity Group, 1995).

⁹ Véase el texto «Motivaciones socioeconómicas de las protestas de los mineros de Fabero» (1996), publicado ya en esta misma Biblioteca Eloy Terrón.

-me lo han pedido- sobre esta gran cuestión. De manera que esta carta es como un anticipo.

Recibe un fuerte abrazo.